



DON FRANCISCO DE HERMOSILLA.

CURIOSA RELACION DE DOS PORTENTOSOS MILAGROS de San Antonio de Pádua con este Caballero, que siendo cautivo, y habiendo renegado, se volvió à nuestra santa fe católica.

Pare su curso veloz
 ese lucido planeta,
 la luna detenga el paso,
 todos los astros suspendan
 sus ligeros movimientos,
 y el mundo patentes sean
 dos singulares milagros
 que ha obrado la omnipotencia
 del sacro Rey de la gloria,
 por la intercesion excelsa
 de San Antonio de Pádua,
 columna fuerte y defensa
 de la Iglesia militante;
 y así le pido de veras,
 para acierto à mi torpe pluma,
 En la mas noble ciudad,
 que en las de fama se encuentra,
 que es la antigua hermosa Burgos,
 opulenta y amena,
 nació Don Francisco
 de Hermosilla y Valdepeñas,



de sangre calificada,
 y muy abundante hacienda.
 El qual desde muy pequeño
 con amor y reverencia
 guardó dentro de su pecho
 una lámina, y en ella
 de San Antonio esculpida
 con primor la imágen bella.
 Se enamoró Don Francisco
 de una muy casta doncella,
 llamada Doña Tomasa
 de Castilla y Cerezuela:
 era en extremo devota,
 y afecta con tantas veras
 del Portugués Paduano,
 que en aflicciones y penas
 que Dios solia ofrecerle,
 siempre le halló en su defensa,
 como en aqueste prodigio
 oirán, si atencion me prestan,
 Viendo aqueste Caballero,
 que en ningún modo ó manera
 ha-

habia logrado oír
el sí de esta dama bella,
tuvo forma de ocultarse
dentro de su alcoba mesma,
y à la hora acostumbrada,
que serian once y media,
entró para recogerse
la virtuosa doncella,
y estándose desnudando,
salió Don Francisco fuera
de entre los paños de corte,
diciendo de esta manera:
supuesto que no han bastado
suspiros, ansias, ternezas,
básteme el ser atrevido,
asaltando tu pureza;
y en esto no tengo culpa,
si tú bien lo consideras,
pues quien la tiene, señora
es solo tu gentileza.
Viéndose en aqñeste lance,
prorumpió aqñesta doncella
estas palabras, diciendo
con el corazon y lengua:
Señor, Señor Don Antonio,
acudid con gran presteza,
que corre riesgo mi honor,
y se ofende mi limpieza.
Al instante (qué prodigio!)
del quarto se abren las puertas,
y se vió que entraba dentro
un Caballero de prendas,
à lo militar vestido,
diciendo de esta manera:
quién es aquel atrevido,
desatento y sin vergüenza,
que se atreve à profanar
el respeto à esta doncella?
Y tirando de la espada,
dió à Don Francisco con ella
unos quantos latigazos,
hasta que lo ha hechado fuera.
Y volviéndose à Tomasa,
con la voz clara y serena
le dixo: devota mia,
ya estás libre de la ofensa,
que queria executar
ese hombre tan sin rienda;

pero mira que te advierto
que si alguna vez te enuestras
en peligro ò afliccion,
me llames de otra manera
no me digas Don Antonio,
pues me costó andar de priesa,
para buscar el vestido,
peluca, espada y rodela.
En fin dí como quisieres,
porque de todas maneras
mi patrocinio y amparo
siempre estará en tu defensa.
Desapareciendo el Santo,
quedó libre la doncella,
dándole infinitas gracias
por merced tan manifiesta.
Volvamos à Don Francisco,
que saliendo con afrenta
de casa de esta señora
dispuso con diligencia
ausentarse de su patria,
à una cierta dependencia
que le urgia mucho en Cádiz,
y con secreto y presteza
dispuso lo necesario,
y gran porcion de moneda.
Llegó à Cádiz muy gustoso,
y una tarde que serena
se hallaba la mar salada,
por divertirse entró en ella,
con unos quantos amigos,
en una nave pequeña.
Con contento y regocijo
dieron al viento las velas,
caminando cinco horas,
y tan adentro se entran,
que al cabo de breve rato
una borrasca deshecha
se movió con tanta furia,
que descompuestas las velas,
y atordidos los pilotos,
perdió tambien la carrera
la nave, y vino à parar
à las murallas soberbias
de Tremecén, donde presos
se hallaron sin resistencia
de aquella fiera cañalla,
que hicieron en ellos presa. y

Y con zambra y algazara
poniéndolos luego en venta,
à Don Francisco compró
un Turco de muchas prendas;
y al cabo de pocos dias,
viendo daba buena cuenta
de su casa este Cautivo,
dixo un dia sobre mesa:
Don Francisco, yo te entrego
el manejo de mi hacienda,
y à mis criados diré,
que prontamente obedezcan
todo quanto les mandares;
porque todo el mundo sepa
que à aquel que leal me sirve,
le premio de esta manera.
Don Francisco tan à pechos
tomó el gobernar la hacienda
y casa de su señor,
qual si suya propia fuera,
que del amo era atendido,
de suerte que en su presencia
no se atrevia ninguno
à hablar cosas descompuestas.
A este tiempo enamorada
se encontraba una doncella,
hija de su propio amo,
de Don Francisco, y que era
con tal incendio su amor,
que determinó resuelta,
una noche, quando el mozo
al sueño le daba treguas,
entrar dentro de su quarto,
y dixo de esta manera:
Cristiano querido mio,
de amores me tienes muerta,
y no puedo sosegar,
si no estás en mi presencia.
Y así supuesto que puedes
ser alivio de mis penas,
no lo dilates un punto,
no desprecies mi fineza,
correspond: à mi cariño,
que te tendrá mucha cuenta:
pues bien sabes de que heredo
una muy copiosa hacienda,
y lo mucho que te estima
mi padre, y es cosa cierta,



que si te casas conmigo,
te estimará con mas veras.
Pero es preciso primero,
que reniegues de la Iglesia,
de Jesucristo y su Madre,
y de la ley que profesas,
para que puedas así
seguir à nuestro Profeta.
El Cristiano le responde,
diciendo: señora, ea
calla y no pronuncies mas,
ni nuevas aqueza lengua,
para decirme que dexo
la ley de mi Dios perfecta,
y que adore à un condenado,
como lo está tu profeta;
si como tengo una vida,
tubiera media docena,
por Dios y su santa Madre
con mucho gusto las diera.
Respondió la Turca entonces
Cristiano, no te detengas,
que te has de casar conmigo,
si no por grado, por fuerza;
porque si así no lo haces,
haré al instante que vengan
mis criados, y diré,
que con industria y cautela
me has hecho entrar en tu quarto
para gozar mi belleza.
Y así mira qué respondes,
porque si no, estoy resuelta
à darme con esta daga
yo misma muerte sangrienta.
Y rendido Don Francisco,
le dixo de esta manera:
ya estoy resuelto, señora,
por lograr tan bella perla,
à renegar y dexar
à Dios y su Madre excelsa.
Y volviendo las espaldas
à la Magestad suprema,
renegó de la ley santa,
y nuestra Madre la Iglesia,
y se casó con la Turca,
con gran gusto y complacencia
de los padres y parientes,
y despues de muchas fiestas,
que-

quedándose muy gustoso
 con su querida Zulema,
 que era el nombre de la Turca,
 por darle mas gusto à ella,
 él se puso Fatiman.
 Entrególes mucha hacienda
 el padre, y para vivir
 una casa les franquea.
 Pero siempre el Renegado
 guardaba con reverencia
 la Imágen de San Antonio
 en su pecho con cautela.
 Y descuidándose un dia,
 la dexó sobre la mesa,
 y encontrándola la Turca,
 se alegró tanto de verla,
 que en su pecho la ha guardado
 tambien con gran reverencia.
 Preguntó e à su marido:
 qué hermosa lámina es esta,
 que me lleva la atencion,
 y estoy pasmada de verla,
 que me parece este hombre
 mayor que nuestro profeta.
 Dixo entonces Fatiman:
 señera, si tú supieras
 quién es este allá en mi patria,
 adoraciones le dieras
 rendidas, que las merece,
 pues con la luz de su ciencia
 convirtió à la fe de Cristo
 muchas almas y diversas.
 El Niño que lleva en brazos,
 es el que hizo la tierra,
 el que adoran los Cristianos,
 y dá salvacion eterna:
 pero el tenerle yo ahora,
 no es por la imágen que lleva,
 sí por el valor que tiene,
 pues de oro es, y con perlas
 está toda guarnecida.
 La Turca le dixo: cesa,
 que quien à mí me ha robado
 toda el alma y las potencias,
 es la persona esculpida,
 no la guarnicion de perlas,
 y diera por este hombre
 mil vidas, si las tuviera.

En Valencia: Por la Hija de Agustin

* Esto quedó en este estado,
 pero aquella noche mesma
 se apareció San Antonio
 à la Turca, y ya despierta,
 le dixo con voz suave:
 no temas, hija Zulema,
 que solo vengo à decirte,
 que esa ley que tú profesas,
 es falsa, y así te advierto,
 te bautices, y no temas,
 que yo prometo ampararte
 en qualquier riesgo que tengas.
 Antonio de Pádua soy,
 dale à tu marido cuenta,
 y al punto os embarcareis
 para Roma à que le absuelva
 el Sucesor de San Pedro,
 que yo hé en vuestra defensa;
 y al punto desaparece.
 No quiso tardar Zulema
 en darle cuenta à su esposo
 de esta dicha que celebra.
 El qual así que lo supo,
 de gozo lloraba, al verla
 tan resuelta à ser Cristiana.
 Y recogiendo su hacienda,
 alhajas, joyas y galas,
 una embarcacion aprestan,
 sin ser de nadie sentidos,
 y à Roma dieron la vuelta.
 Arrojárónse à los pies
 del Vice-Dios en la tierra,
 el que absolvió à Don Francisco,
 y dió el bautismo à Zulema,
 y le pusieron por nombre
 Maria Antonia, pues ella
 lo pidió, y se lo otorgaron
 con gran gusto y complacencia,
 desposándolos tambien
 segun ritos de la Iglesia.
 Luego ordenó Don Francisco
 camisar para su tierra,
 donde llegaron gustosos.
 y difundida la nueva,
 todo fueron alegrías.
 Y aquí rendido el Poeta,
 pide à todos le perdonen
 las faltas de aquestas letras.

* Laborada, en la Bolsaría núm. 18.